

Pau Riba, entre los aromas de «Transnarcis»

Madrid. J. M. Costa

Pau Riba es un clásico. Pero un clásico de la contra, de aquellos artistas que incluso sin proponérselo transitan vías que nunca pueden ser asimiladas o digeridas por un sistema, llámese éste político, comercial o ideológico. Nieto del gran poeta catalán Carles Riba, este hombre de casi cuarenta años fue suspendido en el examen de entrada a los Setze Jutges, núcleo fundamental —y ya se ve que exclusivo— de la «nova canço». Y es que ya desde aquellos lejanos sesenta, la lírica imaginativa de Pau se daba de coscorrones con cualquier tipo de coherencia programática y la utilizaba para actividades que bordearan el «agit-prop» exhaustivamente utilizado por muchos cantautores más o menos nacionalistas.

Ahora, hace unos meses, Pau Riba, en unión de Edicions del Eixample (que previamente habían editado los libros «Sol Solet» junto a Els Comediants y «Carmen» con Saura), lanzaba al público un libro-disco (libridisco dice el mismo Pau) llamado «Transnarcis», eje y excusa para su presencia en Madrid. Presencia que, apoyada por la Generalidad de Cataluña, consistió primero en una comedia, más tarde en una presentación floral, para rematarse con unos conciertos que se extenderán hasta el próximo domingo en la sala Elígeme.

El libro-disco de marras está basado sobre el concepto de «trans», prefijo bastante notorio en el mundo del arte desde que el crítico de arte italiano Achille Bonito Oliva utilizara la palabra «transvanguardia» para aplicarla a una nueva mentalidad del arte contemporáneo.

En todo caso el libro «Transnarcis» se debe más a sí mismo que a cualquier referencia italiana. Los discos son de vinilo transparente, las páginas de un verde translúcido y se supone que puede ser apreciado con todos los sentidos, desde el momento en que contiene los aromas de siete flores (las protagonistas de la aventura de Pau), y también un elixir de larga vida realizado sobre la base del acíbar. A través de él se cuenta una historia fantástica en un jardín cerrado pero con múltiples referencias al mundo real. Es un objeto exquisito, tanto que apenas se encuentra en unas cuantas librerías, entre ellas la del Centro de Arte Reina Sofía. No sirve para gran cosa, simplemente es bello..., pero también valioso.

En cuanto al concierto... Bueno, Pau se plantó en Madrid con unos pocos músicos y dos voces femeninas. Cantó en catalán y en castellano (fantástica la canción «Desmcléname», compuesta en principio para Angela Molina y rechazada por ésta) y se mostró en escena con esa especie de histeria alucinada que le es propia. Las canciones suelen estar bien, pero los arreglos, en general pseudo-caribeños, no eran capaces de seguirle y en buena medida restaban fuerza allí donde debieran haberla potenciado. Ver a Pau, su presencia inquietante, era una experiencia. Escuchar su fragil pero sensible voz entre esa música nos retrotraía a unos ciertos aromas alcanforados de «post-hippismo» mediterráneo. Y Pau Riba, el Pau, está, debiera estar, por encima de tal cosa, de tal tópico.